



CASTÁN, Guillermo. *Las bibliotecas escolares: soñar, pensar, hacer*
Sevilla: Diada, 2002, 189 p.

Guillermo Castán, catedrático de Geografía e Historia del Instituto Fray Luis de León, de Salamanca, es doctor en Historia y forma parte del Grupo Cronos de renovación pedagógica, que ha elaborado diversos materiales en didáctica de las Ciencias Sociales. Es el coordinador de la biblioteca del instituto, y desde inicios de los 90 participa en encuentros y jornadas sobre las bibliotecas escolares y es miembro del Grupo de Trabajo de Salamanca sobre bibliotecas escolares (véase en este mismo ejemplar, entrevista con Castán). ¿Desde dónde escribe?: “aquí defendemos una idea de la escuela como un espacio de la posibilidad, como algo que funciona de manera simultánea ‘reproduciendo y transformando la sociedad’. Nos adherimos con ello a lo que podemos llamar la perspectiva crítica de la educación”, adhesión que se extiende a los muchos bibliotecarios y trabajadores de la cultura que apuestan por la lectura como medio de lucha contra la exclusión. Sus referentes éticos son “cambiar la escuela, combatir la exclusión, lograr una verdadera igualdad de oportunidades”. Ahora bien, como él dice, esos grandes principios hay que aterrizarlos y, para eso, preguntarse ¿qué modelo de biblioteca escolar nos sirve?

En busca de una respuesta analiza las bibliotecas escolares francesas, inglesas y de otros países desde una perspectiva crítica, para decidir qué elementos positivos conviene retener y qué errores no cometer. Ni modo, no queda de otra más que seguir buscando y trabajando: “no existe un ‘modelo’ globalmente satisfactorio que nos exima a los docentes y bibliotecarios españoles de la tarea de elaborar el nuestro”.

El capítulo 3 tiene un interés excepcional porque analiza muchas de las experiencias de instauración y desarrollo de las bibliotecas escolares llevadas a cabo en España desde mediados de los ochenta. Castán es directo: al iniciar el análisis de las desarrolladas a iniciativa de docentes señala que “aunque con importantes matizaciones, nos encontramos con proyectos de docentes [CABE de Zaragoza, Murcia, Programa Hipatia de Canarias] que piensan como bibliotecarios, de modo que, en gran medida, se reproduce en la teoría y en la práctica una implícita equiparación de la biblioteca escolar con la biblioteca pública infantil, cuando no con un centro cultural inespecífico”. Del programa desarrollado por L’Amic de Paper en Cataluña escribe que “no entra en las cuestiones estructurales básicas y que, en realidad, no se propone impulsar la creación de bibliotecas escolares sino mejorarlas”. El retrato robot, a partir de las notas comunes de estas y otras experiencias, representa a un niño famélico: “muy pocos recursos”, “participación activa y comprometida de pocos docentes y escasa implicación de la administración educativa”, “escasa incidencia”, “incapacidad para elaborar un modelo teórico de biblioteca escolar”, “la mayoría se ha consumido en un breve lapso de tiempo”. Pero siempre hay un pero: “Aun a pesar de la oscuridad que proyecta este retrato robot, el conjunto de estas experiencias, más allá de sus logros concretos, supone en la situación actual un elemento positivo de la mayor importancia porque han servido y siguen sirviendo para avanzar en la reflexión, para implicar progresivamente a nuevos docentes y bibliotecarios, para crear

expectativas, para buscar soluciones conjuntas a problemas graves de funcionamiento de la escuela, para estimular a la administración educativa a tomar decisiones...”.

Castán prosigue su análisis: el *Plan Piloto de 1995 del Ministerio de Educación* (“bagaje teórico, limitado y parcial”, “concepción *jibarizada* de los servicios que debe prestar la biblioteca escolar”), el *Plan de Mejora de Bibliotecas Escolares de 1997* y, poniéndose el mono azul de mecánico, examina los proyectos de formación, esas “*cajas negras* que contienen las claves para poder conocer e interpretar los proyectos a los que sirven más allá de sus declaraciones de principios”. En el que más se detiene es en el Proyecto Hebori de educación documental, “uno de los programas de formación más elaborados y completos”. Vista la *caja negra* el diagnóstico es contundente: “una propuesta tecnicista que pretende capacitar al profesorado para enseñar a los alumnos a documentarse, a informarse, sin una reflexión crítica sobre qué es la información, qué papel juega en nuestra sociedad, cómo y quién la produce y cómo se distribuye; es decir, sin plantearse críticamente la lógica de la producción y la distribución del conocimiento y de la información existente en las sociedades de capitalismo avanzado como la nuestra, lógica que responde a los intereses dominantes y que aquí no se dilucida ni se cuestiona”.

La segunda parte del libro quiere contribuir al debate del que debe surgir un modelo consensado de biblioteca para nuestras escuelas e institutos. Para ello comienza con un análisis de la realidad sociocultural española (índices de pobreza de los hogares, gasto público en educación, nivel educativo de la población, debilidad del sistema bibliotecario, etcétera). Una de sus conclusiones y que, según lo publicado en esta revista (nº 124, 2001), ha sido puesto en práctica en la biblioteca que coordina Castán en su instituto, es que “una tarea esencial de la escuela democrática ha de ser prestar a la gran mayoría de los alumnos la ayuda y los servicios que la minoría puede recibir de su medio familiar y social de procedencia. Esta es la conclusión que estimamos fundamental a la hora de debatir y plantear el modelo educativo de biblioteca escolar para nuestras escuelas e institutos, lo que se plasmaría, en nuestra opinión, en la defensa de

un servicio amplio de ayuda al estudio y al desarrollo de las tareas escolares fuera del horario lectivo”.

Buscando información para reflexionar sobre el modelo de biblioteca escolar recurre a las fuentes curriculares, esto es, a qué, cómo y cuándo enseñar y evaluar. Ahí, en los debates que se producen en el seno de la comunidad escolar de cada centro, ve Castán el lugar para plantear en profundidad el modelo de biblioteca escolar para así pasar de ser considerada como un simple recurso de uso limitado a convertirse en “la infraestructura necesaria para el cambio curricular”. La tercera y última fuente es la bibliotecnómica, “entendida en sentido amplio y no reducida a un conjunto de saberes puramente técnicos”, pues la organización y dinamización de los fondos, por ejemplo, “no es sólo una cuestión técnica si se considera desde el punto de vista de los objetivos”.

El libro se cierra con un análisis de los distintos modelos de biblioteca escolar (tecnológico tradicional, tecnológico postmoderno, práctico, crítico) y sus aplicaciones en España. Sólo las cuatro últimas páginas, y esta es la cojera que a mi entender presenta el libro, se destinan a explicitar el modelo propugnado por Castán, el crítico-educativo. Aunque el modelo se presente como una especie de “música de fondo” para ser escuchada, enriquecida y modificada por la acción de múltiples bibliotecas, me quedo con las ganas de conocer en mayor profundidad tal partitura, tal modelo. Sería muy deseable que el autor y el Grupo de Trabajo de Salamanca sobre bibliotecas escolares (u otros profesionales que trabajan desde este modelo de biblioteca escolar) puedan presentarnos en próximas publicaciones más propuestas bibliotecarias a partir de este modelo. Es posible que así ocurra, pues en estos últimos años se observa (en publicaciones, jornadas profesionales...) una decisión más profunda por parte de algunos bibliotecarios (tanto escolares como públicos) para encauzar a la biblioteca como herramienta en el combate contra la exclusión social. En fin, un libro que puede ser muy importante, si es leído y debatido (lo que no es evidente), para el desarrollo de la biblioteca escolar. ☑

Ramón Salaberria
